

ALFONSO BASALLO

La gesta del sargento Francisco Basallo y los cautivos  
de Abd el-Krim contada cien años después

# EL PRISIONERO DE ANNUAL



ALFONSO BASALLO

## EL PRISIONERO DE ANNUAL

*La gesta del sargento Francisco Basallo y los cautivos  
de Abd el-Krim contada cien años después*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Alfonso Basallo, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Iconografía: Grupo Planeta

Ilustraciones de las guardas: © Instituto Geográfico Nacional y © María Esturillo Reyes

Ilustraciones del interior: © archivo del autor, © Universal Images Group / Universal History Archive / Album, © AKG-images / Album, © Oronoz / Album, © Smith Archive / Alamy / ACI, © Archivo ABC, © Tomás Basallo, © The History Collection / Alamy / ACI, © Zuri Swimmer / Alamy / ACI, © BNE

Primera edición: junio de 2021

Depósito legal: B. 7.051-2021

ISBN: 978-84-08-24316-8

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Unigraf

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

# Índice

<i>Introducción. Cien años después</i>	9
--	---

## PARTE I

### TRAICIÓN EN DAR QUEBDANI

1. Así caí prisionero	15
2. Billetera en vez de sable	31
3. «Lo que sea de vosotros será de vuestro capitán»	39

## PARTE II

### EL SARGENTO *TEBIB*

4. «Esto es todo lo que queda del general Silvestre»	51
5. La retirada del general Navarro	65
6. La caída de Monte Arruit	82
7. Sillas de montar en lugar de mesas de quirófano	100
8. El secuestro de Carmencita Úbeda	110
9. Picos, palas y padrenuestros	121
10. El ministro Pajarito y las tumbas profanadas	132

11. El padre de sesenta y nueve años que se ofrecía a rescatar a su hijo	145
12. Voluntarios para disparar contra España	154
13. El infierno del Yebel Kama	160
14. Joselito, el hijo del cautiverio	171
15. El secreto del sargento Ortiz	181
16. «Conté hasta treinta y siete golpes...»	191
17. El país de los hijos del ogro	201
18. Muertas de miedo y de vergüenza	212
19. La noche en la que volvimos a izar la bandera	220
20. Fugarse o morir	227

PARTE III  
LAS CADENAS DE AXDIR

21. Héroes y piojos	241
22. Las dos gestas del alférez señorito	251
23. Espantapájaros humanos	268
24. Cadenas de hierro	278
25. El millonario vasco y el jurista moro	284
26. El rescate	297
27. La figura española del momento	310
<i>Epílogo. ¿Qué fue de...?</i>	317
<i>Agradecimientos</i>	333
<i>Glosario</i>	335
<i>Unidades de la Comandancia General de Melilla en junio de 1921</i>	337
<i>Fuentes y bibliografía</i>	343

# 1

## Así caí prisionero

El general Silvestre se ha suicidado, Annual ha caído, los moros cazan a los españoles como si fueran conejos y hurgan en las bocas de los muertos para llevarse las piezas de oro. Esto es lo segundo que me ha venido a la cabeza esta mañana, cuando he caído prisionero en la posición militar de Dar Quebdani, a setenta y cinco kilómetros al oeste de Melilla. Porque lo primero ha sido el alivio.

Alivio, sí; un extraño alivio. Respiras hondo y piensas que nos darán agua. Y también piensas «ya no tendré que empuñar más el máuser». Adiós a la boca seca y la cara tensa temiendo un balazo, al miedo a que te maten o, todavía peor, al miedo a matar.

Pero el alivio se disipa en un suspiro. Porque cuando te cogen prisionero te preguntan: «¿Qué va a ser de mí?». La vida de soldado en una posición del Rif será tediosa, pero al menos sabes a qué atenerte. Te instalas en la rutina, te haces a ella. Pero cuando caes en manos del enemigo, ignoras qué harán contigo, y esa incertidumbre no te deja vivir. Te engañas a ti mismo pensando que te canjearán, que a los moros solo les interesa el dinero, pero no puedes quitarte de la cabeza los relatos de supervivientes que han llegado a Dar Quebdani estos últimos tres días, desde que ca-

yeron en manos de Abd el-Krim las posiciones de Igueriben y Annual. Y te acuerdas de las encías de los cadáveres.

Tengo veintiocho años, estoy soltero, y hace tres años que no veo a mis padres y a mis cinco hermanos, que me esperan en Córdoba. No tengo un aspecto muy marcial. Mido casi uno noventa, nariz prominente, peinado con la raya al medio, soy parsimonioso, levemente guasón, delgadito y presumido. Me gusta retratarme delante de mi tienda, posando junto a algún moro amigo. Yo, hecho un pincel, con mi bigote y mi guerrera impecable, el cuello alto con el número 59, el de mi regimiento (Melilla), y los galones de sargento que lucen vistosos en la bocamanga. Y el moro, zarrapastroso, con su chilaba ajada y sus babuchas enormes, las puntas de los pies bien separadas.



El sargento Basallo posa en la puerta de su tienda, en Kandussi, junto a un moro amigo suyo.

Iba para perito aparejador, porque se me dan bien el dibujo y la aritmética. Pero me reenganché en el Ejército, y he terminado de sargento de infantería en Marruecos, donde llevo tres años. Me hice a la rutina de la vida de campamento, al trapicheo con los indígenas, me he hecho amigo de algunos, de los leales a España. No me esperaba el Desastre de Annual. Yo, que me tomo la vida con filosofía, que me gustan la siesta, el fino de Moriles, la tertulia con los amigos, he participado en varias campañas, como la toma de Tafersit, el año pasado, a las órdenes del general Silvestre, y sé lo que es un combate. Pero uno nunca está preparado para el cautiverio. Y yo, Francisco Basallo Becerra, menos que nadie.

Todo esto es lo que he pensado esta mañana, 25 de julio de 1921, día de Santiago, patrón de España, cuando he caído prisionero. Alivio momentáneo, primero; angustia, después. Y no poca vergüenza...

Estamos en manos del caíd Kadur Namar, jefe de la cabila (o tribu) de los Beni Said, el cabecilla con el que hemos pactado la rendición. Le dijo al coronel Silverio Araujo, jefe del regimiento, que todo iría bien, que no se preocupara, que era amigo de España.

Pero cualquiera se fía... ¿Amigos de España? ¿Como los policías indígenas —reclutados entre los rifeños— que se cambiaron de bando en cuanto olieron nuestra debilidad tras la ocupación del Monte Abarrán, hace mes y medio? No le dimos importancia, pero la pérdida del Abarrán, con una altura de quinientos metros desde la que se divisaba Alhucemas, fue el preludio de lo que ha venido después. Aquella fue una falsa pica en Flandes, con la guarida de Abd el-Krim a la vista.

Mucho peor ha sido la escena vivida esta mañana, a las doce, en la posición de Dar Quebdani en la que yo me encontraba. Los

fusiles rifeños vomitando plomo sobre españoles desarmados que agitaban pañuelos a modo de bandera blanca. Mis compañeros. A la puerta de la posición. Después del pacto con esos mismos rifeños. Los nuestros acababan de dejar en el parapeto armas y correajes cuando los moros se echaron a la cara las pesadas culatas de los Lebel. Los nuestros con las manos en alto, y los moros apretando el gatillo. Los nuestros, aterrorizados, huyendo en todas direcciones, y los moros tirando a la cabeza si estaban cerca; a las piernas si corrían.

¿Cómo fiarse si no respetan los pactos? Es lo que les pasó a los ciento veinte hombres de la Alcazaba Roja hace un par de días. Rodeados de rifeños, sin agua ni posibilidad de obtenerla, pidieron instrucciones a Dar Quebdani por heliógrafo, el mando les respondió que adoptaran «la más propia de su honor». Optaron por capitular y, una vez entregado el armamento..., de los ciento veinte hombres, solo llegaron cuarenta supervivientes a Dar Quebdani.

Cuanto más débiles somos nosotros, más crueles son ellos. Nos hemos enterado de que hoy mismo han matado a un capitán, Cándido Irazazábal, delante de su hijo de ocho años. El capitán ha pactado la rendición a cambio de dejar marchar a los soldados a Melilla, pero en cuanto los españoles han depuesto las armas, los moros los han liquidado a tiros.

Aun así, te aferras como a un clavo ardiendo al espejismo de que van a respetar tu vida. La retina está llena de pólvora y sangre; y el cerebro, del estampido seco de los disparos, pero te niegas a aceptarlo.

Todavía no entiendo cómo ha podido ocurrir. Cómo ha podido caer una posición como Dar Quebdani, arrollada por una turba aullante, que ha entrado como Pedro por su casa y ha aca-

bado con novecientos hombres. ¿Es que no teníamos siete compañías de fusiles, una de ametralladoras y municiones para veinte cajas por fusil? ¿No teníamos dos cañones de acero Krupp de ocho centímetros, con doscientos disparos? Y sin embargo, la guarnición ha sido diezmada en un abrir y cerrar de ojos. Me pregunto quién tiene la culpa. En un acto casi reflejo, miro hacia nuestro jefe, el coronel Silverio Araujo, y a otros oficiales que van unos metros por delante en la columna de prisioneros, escoltados por rifeños armados.

Dar Quebdani es uno de los campamentos más grandes en la cadena de posiciones que se extienden entre Melilla y Annual. Está situado en territorio de los Beni Said, una de las tribus más belicosas del Rif, aunque «amiga de España». Claro que la amistad de las cabilas dura lo que dura el dinero con el que se pensiona a los caídos.

La posición está emplazada en una eminencia de cien metros de altura. Vista desde el aire, forma un rectángulo de cien metros delimitado por un parapeto de piedra seca, rodeado por una alambrada de tres piquetes. En su interior está la caseta de los oficiales, el parque de intendencia, la batería con los dos cañones Krupp, el recinto de las ametralladoras y la cantina. Fuera, se extienden las tiendas cónicas.

El agua queda a trasmano. A unos mil metros al sudoeste. Tan a trasmano que cuando las cosas comenzaron a ponerse feas fue preciso ocupar una caseta próxima, a fin de proteger del fuego enemigo a los convoyes que a diario iban a llenar las cubas a lo que nosotros llamamos el *servicio de aguada*.

Llevo tres días en Dar Quebdani, desde que llegué el viernes 22, procedente de Kandussi, con mi compañía, la cuarta del pri-

mer batallón. Y lo primero que noté fue la gran preocupación que reinaba por el agua... Eso y los rumores sobre Annual. Agua y Annual, Annual y agua. No se hablaba de otra cosa.

Aquel viernes, un capitán de la Policía Indígena, González Longoria, se presentó ante el coronel informando de que había caído Annual bajo un aluvión de dieciocho mil rifeños, y que las tropas españolas, unos cinco mil hombres, se replegaban en dirección a Dar Drius. Todo esto lo hablaban los jefes en la caseta de oficiales. Pero era difícil contener las malas noticias. Y el capitán Longoria no era el único que lo sabía. Un herrador de caballería nos vino con el cuento y eso desató los rumores entre la tropa. No tardó en saberse que el general Silvestre, máxima autoridad de la zona, había muerto. Se decía que no había sido el enemigo, sino él mismo, que se voló la tapa de los sesos.

Dar Quebdani fue entonces un hervidero de cuchicheos. Todos empezaron a opinar: que si era mejor seguir hacia la costa para embarcar a la guarnición con destino a Melilla; que si lo más



El general Silvestre.

prudente era replegarse a la posición de Dar Drius con tres baterías, suficientes municiones y agua a solo treinta metros... Todo menos quedarse en Dar Quebdani, porque nadie daba un duro por la lealtad de los Beni Said.

Era preciso tomar decisiones y tomarlas sin pérdida de tiempo. Pero nuestro jefe, el coronel Silverio Araujo, cincuenta y cinco años, cejas blancas, barba blanca rematada por unos bigotes igualmente blancos, con las guías apuntando a las mejillas, era un militar de despacho, y se mostró irresoluto. Dejó transcurrir el viernes 22, a pesar de que era consciente de la gravedad de la situación.

Era imposible dormir sabiéndolo. Y sabiendo, además, que no se podía hacer la aguada porque los moros hostilizaban a los convoyes. Me enteré de que, por sorteo, se había designado a la sexta compañía del tercer batallón para proteger la caseta cercana al pozo de la aguada. La mandaba el capitán Enrique Amador. Un oficial echado para adelante, de mirada optimista y barba y bigotes enhiestos que subrayan su carácter firme. Le quedaban unas semanas para cumplir los cuarenta y un años: era un experimentado oficial que había tenido una destacada actuación en los combates del Barranco del Lobo, cerca de Melilla, en 1909, con el Batallón de Cazadores de Barcelona. Amador no era un militar de oficina, sino un tipo bregado.

Al día siguiente, sábado 23, el coronel consultó qué hacer al general Felipe Navarro, segundo jefe de la Comandancia de Melilla, que se encontraba en Dar Drius. Tras la muerte de Silvestre, Navarro era el responsable supremo. Pero en lugar de pedirle instrucciones por teléfono, Araujo envió a un comandante y a un capitán en coche rápido, lo cual no dejaba de ser sospechoso..., porque uno de los dos emisarios era el propio hijo del coronel, el

capitán Eduardo Araujo. Lo comenté con otro sargento. No queríamos ser maliciosos, pero pensamos que sería el colmo que el capitancito no volviera y se librara de la quema.

No nos equivocamos. El capitancito no paró hasta llegar a Melilla y allí se quedó. El general Navarro, por su parte, envió un mensaje al coronel Araujo ordenándole que se replegase a Kandussi, cerca del río Kert. Pero el coronel de la barba y los bigotes blancos no le hizo caso. Tampoco atendió a la advertencia de Kadur Namar, con el que conferenció esa misma mañana. El caíd le reiteró que su tribu, Beni Said, seguía siendo amiga de España, pero que él ya no podía contener a las harcas (o grupos armados) de Abd el-Krim, ni impedir que sus propios cabilenos se sublevaran contra los españoles, atraídos por el dinero y las armas. O se retiraba ya o Kadur Namar no se hacía responsable de lo que pudiera pasar.

La manecilla del reloj marcaba las doce del mediodía cuando los moros cortaban las líneas de teléfono y telégrafo. Nos quedamos aislados, sin cobertura, sin refuerzos, sin tiempo...

Fue entonces cuando el coronel Araujo se dejó tentar por la rendición. La oferta le llegó por un militar español: el capitán Narciso Sánchez Aparicio, jefe de la Alcazaba Roja. Se había rendido a los moros, que no respetaron el pacto, pasando por las armas a la mayoría de la guarnición y cogiéndolos prisioneros a él y a otros soldados. A través de un emisario, Sánchez Aparicio pidió a Araujo dinero, víveres y mantas para los capturados de la Alcazaba Roja. Y sobre todo le pidió que entregase Dar Quebdani, porque de lo contrario el enemigo acabaría con la vida de los cerca de doscientos prisioneros españoles que habían capturado en los últimos días. Le ofrecía, a cambio, la promesa de Kadur Namar de «escortar la columna, con sus armas y

municiones, garantizando que no la hostilizarían», hasta la desembocadura del río Kert, donde tres pesqueros los dejarían en Melilla sanos y salvos.

Mientras el coronel Araujo y los jefes deliberaban qué hacer, las crestas que cintureaban Dar Quebdani se llenaban de rifeños armados, y veíamos alzarse columnas de humo en el horizonte. Cortados el teléfono y el telégrafo, solo nos quedaba el heliógrafo para comunicarnos con los nuestros. Pero por más señales destellantes que los espejos enviaban, nadie respondía.

A primera hora de la tarde del sábado 23 me dieron la orden. Tenía que ir con doce hombres a la casa ocupada por el capitán Amador para llevar material de fortificación. Cargamos los mulos, nos colgamos los máuseres al hombro y nos pusimos en marcha, tragándonos el polvo.

Cuando llegamos a la caseta, descargamos el material y comenzamos a ayudar a los soldados de Amador en la fortificación. En misiones como aquella, las primeras veces siempre notas el aliento de un enemigo invisible en el cogote y miras furtivamente a las lomas, pero no hay nadie. Luego..., luego, simplemente, te acostumbras.

Pero ese día escuchamos el toque de corneta y, casi a la vez, el estampido de los fusiles. Nos pusimos a cubierto a la velocidad del rayo, nos echamos las armas a la cara y respondimos al fuego enemigo. Veíamos turbantes asomar por las lomas. Relampagueaban disparos aislados. Colegimos que no eran muchos los atacantes, pero como decía un teniente: «Es solo un tanteo». Primero envían una avanzadilla y después, según cómo se dé, una harca entera. Pasada una hora, reanudamos los trabajos de fortificación, dejando un retén de fusileros con la vista clavada en las lomas. El capitán Amador nos metía prisa.

Cuando llegó la orden desde Dar Quebdani de que mis doce hombres y yo debíamos regresar, ya eran las cinco de la tarde. En el camino nos cruzamos con el convoy de la aguada. Le deseamos suerte. Rezamos para que pudiera llenar las carricubas y regresar sin contratiempos. Ya en el campamento, dejamos máuseres y correajes y nos echamos dentro de las tiendas cónicas procurando poner la mente en blanco.

Al rato vimos regresar el convoy con las carricubas vacías. Los soldados nos contaron que el número de harqueños apostados en las lomas había aumentado y que los frieron a tiros. El convoy no pudo llegar al pozo. Los jefes nos avisaron de que iban a racionar el agua.

—Ya sabe, mi sargento, sangre o agua, hay que elegir —me dijo un soldado de mi compañía.

Cayó la noche. Fue entonces cuando nos llegó la noticia de que la guarnición de Kandussi había evacuado la posición. Corrillos fabricando rumores. Los rumores crecieron, envenenando el ambiente. La tropa ahogaba su inquietud con cigarrillos y chistes.

Domingo, 24 de julio. Toca diana a las seis y me levanto con la preocupación instalada en la cabeza. La ración de café con aguardiente es más escasa que de costumbre. Miro el sol, que no es más que una pinceladita naranja asomando en las crestas, sabiendo que en tres horas se alzaré hasta convertir el aire en un horno.

El ánimo de la tropa empieza a flaquear. Desde el viernes no hemos hecho el servicio de aguada. Yo procuro no hablar de ello con los soldados de mi compañía, porque si se acaban las reservas de agua, se acaban las reservas de valor.

Me da un vuelco el corazón cuando me entero de que algunos soldados de otra compañía han asaltado unas cubas, derramando el preciado líquido y atropellando al vigilante. La cosa no fue a más, pero el pánico es contagioso, y yo no quito el ojo de mis hombres. Cualquiera vería que ya no se les da de beber a los 184 mulos y veinte caballos que tenemos, pésima señal, porque detrás del ganado va la tropa.

A las siete, el mando hace el sorteo para ver a qué unidad le va a tocar cubrir la aguada. Los jefes se esfuerzan por dar al sorteo un aire de normalidad, como si fuera un servicio rutinario más, pero hasta el gato de Castillo, el cantinero, sabe que posiblemente sea el último cartucho para conseguir un trago.

Nombran a la cuarta compañía del primer batallón. La mía. No la primera, no la tercera. No, la cuarta compañía, precisamente la cuarta. Ordenan formar y en unos minutos estamos un centenar de hombres en posición de firmes, con toda la impedimenta lista. Nuestro capitán, Antonio de la Rocha, manda descanso y nos dirige unas palabras. Nos pide un esfuerzo, porque sabe que estamos cansados, que los dos días anteriores han sido duros; pero que confía en nosotros, y esto y lo otro y lo de más allá. Y que ¡viva España!

Nos miramos: no, no es un servicio rutinario más. La responsabilidad nos abruma: de nuestro comportamiento en la aguada depende que los casi novecientos hombres acantonados en Dar Quebdani puedan beber ese día. La preocupación que llevo instalada en la cabeza me invade las sienes y se anexiona las cejas.

Salimos a campo abierto. Se oyen las detonaciones de los disparos antes de tener a la vista la caseta junto a la aguada. Los hombres me miran mientras vamos marchando. Soy el sargento. Y no un sargento cualquiera: estoy al mando de una de las tres

secciones, por estar ausente el oficial que debía mandarla. Las otras dos están a cargo del teniente Luis Arjona y del alférez Antonio Ruiz.

Antes de llegar a la altura de la caseta, la unidad se pone en orden abierto. El capitán De la Rocha ordena a las secciones de Arjona y Ruiz que se desplieguen en vanguardia, en la loma que domina la aguada, y que la mía quede atrás cubriendo a las dos primeras del fuego moro. Lo hacemos. Tenemos a unos metros la caseta y a la izquierda las peñas desde las que disparan los harqueños. Veo avanzar a las secciones de vanguardia hacia la loma. Uniformes caquis, gorras con cinta roja, culatas color pardo. Y el silbido de las balas.

Los máuseres se recalientan de tanto disparo. Vemos caer a un hombre de la primera sección. Van los camilleros agachados a recogerlo. Nunca sabes si es una baja mortal o solo un herido hasta que los camilleros no lo reconocen. Pero no hay tiempo para incertidumbres, tienes que seguir escudriñando al enemigo y darle al gatillo. Rebotan las balas rifeñas en las piedras donde estamos apostados, y tememos por la integridad de nuestras cabezas. Y uno se acuerda de los salacots que los españoles llevábamos en Marruecos hasta el año pasado, que parecíamos los ingleses de la guerra del Nilo. Ahora, en cambio, usamos gorras circulares sin visera, que no protegen de nada y que nos dan un aspecto ridículo, como de botones de gran hotel.

Una de esas balas rebota y me roza el correaje. Me llevo un susto de muerte, pero no pasa nada. Me deja un persistente dolor en el hombro.

Se corre la noticia de que le han dado al alférez Ruiz, jefe de la segunda sección. Me señalan el lugar donde ha caído, envío a dos soldados, Miguel Alboraya y Juan Sánchez, a que vayan a re-

cogerlo provistos de una camilla. No llegan hasta Ruiz. Se desploman y dejan tirada la camilla. Sin tiempo para pensar, ordeno a otros dos que vayan hasta donde están el alférez y los dos soldaditos. Cuando llegan a la altura de Alboraya y Sánchez nos hacen una seña de que estos viven.

Los camilleros van hasta donde ha caído Ruiz y lo que nos traen ya no es al alférez, sino sus restos mortales. Impresiona. La muerte de un oficial es doblemente dura porque deja huérfanos a sus subordinados. Los camilleros se lo llevan a Dar Quebdani, y también a Alboraya y Sánchez, heridos leves en los pies. No está claro que la aguada haya quedado despejada, pero nosotros sostenemos el fuego por si el coronel Araujo decide enviar el convoy. Es lo que deseamos, para eso nos estamos batiendo el cobre bajo el horno que nos castiga desde arriba y las balas que nos castigan desde abajo, a ras de tierra.

Para facilitar las cosas, ordeno al sargento Enrique Ubazos que se traslade con media sección a unos montones de paja situados en el flanco izquierdo y responda a los tiradores rifeños. Salen Ubazos y sus quince hombres hasta situarse en los montones de paja. Rezo para que lleguen todos. Llegan. Toman posiciones y abren fuego.

Pero apenas llevan unos minutos disparando cuando el corneta toca retirada. ¿Retirada? ¿Ahora que hemos tomado posiciones? Los de Ubazos siguen disparando, pero el corneta sigue tocando. Más confusión. A los pocos minutos, me llega la orden del capitán De la Rocha confirmando la retirada. Son instrucciones directas de Dar Quebdani. «De orden del señor coronel, que se retire la compañía al campamento». Nadie lo entiende. Y menos que nadie el capitán, que se molesta bastante por la decisión, cuando solo habíamos tenido cuatro bajas.

Cuando regresamos al campamento, con la cara blanca de polvo y las piernas entumecidas, me entero de que el coronel Araujo estaba en tratos con Hamed Achechur Ahssub, un tipejo de Beni Said, para comprarle agua. Me lo confirmó un pajarito. Me dijo que un teniente de intendencia le había entregado al tal Hamed quinientas pesetas por adelantado, y le había prestado seis barriles y tres mulos para traer el agua.

O sea, que en lugar de desbloquear la posición del capitán Amador, lo que hace el coronel Araujo es tirar de billetera. Ya no es sangre por agua, sino dinero por agua. Me indigné, pero me callé. ¿Por qué me callé? Porque comentarlo en público podría indisponer a la tropa contra el mando y, tal como estaban las cosas, resultaría contraproducente. Lo hablé con un sargento que me inspiraba confianza, un granadino llamado Alfonso Ortiz, del Regimiento Mixto de Artillería de Melilla. No le había tratado mucho, pero me parecía discreto, y su consejo de guardar silencio, acertado.

Aun así, a nadie se le escapa el trasiego de notables de Beni Said yendo y viniendo a la caseta de mando, y la noticia de la compra de agua corrió como la pólvora por todo el campamento. Agua y quizá algo más...

El malestar entre sargentos y soldados crece a lo largo de esa tarde, al ver que no salía ningún destacamento para relevar a la unidad de Amador. No tiene ningún sentido que sigan defendiendo el pozo si ya se ha cerrado un trato con Hamed.

Esa noche se raciona aún más el líquido elemento. En las siguientes horas, los de mi compañía nos turnamos con otras unidades para vigilar el parapeto. Nos toca responder al tiroteo de los rifeños que hostilizan el campamento desde las lomas circundantes. El rojo de los fogonazos y el negro de la noche. En la ma-

drugada se intensifica el fuego. Resulta inocultable que el cerco se estrecha sobre Dar Quebdani. Pero mi capitán nos transmite la orden de no contestar si no está claro el blanco.

Cuando ha amanecido esta mañana, lunes 25, nos hemos enterado de que el tal Hamed no había hecho la aguada porque —según dijo— se vio rodeado de moros que le disparaban, y tuvo que dejar los tres mulos y escapar. Esa es la versión que le ha dado al coronel Araujo. ¿Quién puede creérselo? Lo indignante es que ha tenido la caradura de pedir más mulos y dinero para hacer la aguada. No ha devuelto las quinientas pesetas. Yo he cambiado impresiones con el sargento Ortiz.

«Nos están tomando el pelo —me ha dicho—, huelen nuestro miedo y se quedan con el dinero con el que intentamos comprar la vida y el agua».

Pero aún no sabíamos lo peor. Días atrás, un oficial de nuestro regimiento había ofrecido a un moro un cheque de mil pesetas para salvar su vida. No era otro que Narciso Sánchez Aparicio, el jefe de la Alcazaba Roja, el mismo que pidió al coronel Araujo que rindiera Dar Quebdani con la promesa de Kadur Namar de que llegarían sanos y salvos a Melilla. Un capitán del Ejército español pagándole al rifleño que lo encañonaba para que no le hiciera pupa. El rumor ha circulado por los corrillos de Dar Quebdani durante las primeras horas de este fatídico lunes, mientras la turba enemiga comenzaba a acercarse a la posición.

«Si es así, son perfectamente capaces de vendernos a todos», se me ha ocurrido. Pero no podía ser cierto. Conozco a mis jefes y no me los imagino comportándose como Judas. No digamos nada del capitán Enrique Amador, tampoco me lo imagino comprando su vida con dinero. Pero no se puede luchar contra los rumores. El antecedente de las quinientas pesetas pagadas a Hamed

me ha hecho pensar que lo del cheque del capitán podía no ser un infundio.

Esta misma mañana, pues, se han cumplido ya tres días sin hacer la aguada. Nos encogía el ánimo el fantasma de Igueriben, posición cercana a Annual, asediada a comienzos de la semana pasada. Sabemos que, después de cuatro días sin una gota, los hombres del comandante Julio Benítez llegaron a beber colonia, tinta y orines mezclados con azúcar.

Por eso he contenido la respiración al ver que el coronel Araujo se reunía en consejo de guerra con los jefes, después de que un moro al que llamamos Convoy —porque abastece de carne a la posición— le haya entregado cartas de parte de Kadur Namar. He contado los oficiales que entraban en la caseta de mando: veintinueve. Todos sabíamos que iban a responder a la oferta de capitulación de Kadur Namar. ¿Cuál sería la respuesta? ¿Rendición con condiciones y conducirnos hasta Melilla, como proponía el caído? ¿Resistir máuser en ristre? Las dos alternativas son malas: la de resistir, porque, visto lo de Annual, no tenemos posibilidades de quedar con vida. Y la de capitular, igual o peor, porque no nos fiamos de los moros.

Pero fuera cual fuera la respuesta que les haya dado, será infinitamente mejor que la incertidumbre.

Y que la sed.